

Entrevista a Amparo Tomé González*

Socióloga e investigadora, especialista en sociología de la educación
y género



Socióloga e investigadora española, especialista en sociología de la educación; reconocida especialmente por sus aportaciones en el ámbito de la educación y el género. Licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Salamanca (1970). Desempeñó la coordinación de la Red Internacional, Estatal y Mediterránea de Ciudades Educadoras, ejerció la docencia en institutos de educación secundaria de Barcelona como profesora de lengua

inglesa y de ética (1978 y 1991), y fue profesora de Sociología de la Educación en la Facultad de Sociología de la Universitat Autònoma de Barcelona (1996-2003). A lo largo de su trayectoria profesional, ha actuado como asesora en materia de coeducación para diversos gobiernos autonómicos. Su actividad investigadora se ha centrado en los estudios de género y educación, tanto en el ámbito nacional como internacional. Ha sido directora de la publicación Cuadernos para la Coeducación del Instituto de Ciencias de la Educación de la UAB (1992-2002), así como del Proyecto de Educación en Valores del Instituto de Educación del Ayuntamiento de Barcelona (2000-2003). Además, es autora de diversas obras de referencia que han contribuido de manera decisiva al debate académico y social en torno a la igualdad, la democracia y la educación.

**Esta entrevista fue realizada para la Revista Atlánticas por Berta Aznar Martínez y Paula Benedico Peydró.*

Berta Aznar Martínez Directora de la Càtedra Institut Català de les Dones – Blanquerna per a l'Abordatge de les Violències Masclistes i Polítiques d'Igualtat. Es investigadora y docente especializada en educación afectivo-sexual, violencia sexual y desigualdades de género, con especial atención a las estrategias educativas para la prevención de las violencias. ORCID: 0000-0002-1658-5053

Paula Benedico Peydró Psicóloga general sanitaria y doctoranda. Su trabajo se centra en la igualdad de género, la ciberviolencia y la conducta suicida. Es ayudante de investigación y de coordinación de la Càtedra Institut Català de les Dones – Blanquerna per a l'Abordatge de les Violències Masclistes i les Polítiques d'Igualtat.

Cómo citar este artículo: Aznar Martínez, Berta y Benedico Peydró, Paula (2026). Entrevista a Amparo Tomé González. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 11 (1), 2-13. doi: <https://dx.doi.org/10.17979/arief.2026.11.1.12758>

Rev. Atlánticas: ¿Qué significa que la Educación Afectiva y Sexual (EAS) tiene que ser feminista? ¿Qué implica esto?

Amparo Tomé González: Antes de empezar con el feminismo, cuando pienso en la Educación Afectiva y Sexual identifico dos partes: la primera, una educación en afectos y sentimientos; y la segunda, la prevención de la violencia sexual. Son como dos dimensiones que aún no se trabajan en la escuela: no se educa ni en afectos y sentimientos ni en prevención de violencia. Ahí es donde hay que hacer un buen cocido y definir realmente el cómo y el qué.

Entonces, ¿qué tiene que ver el feminismo? Para mí, descubrir el feminismo fue como descubrir el marxismo. El marxismo me dio la visión de las desigualdades por razón de clase, y cuando estaba haciendo el máster en Sociología de la Educación en Inglaterra, de repente me di cuenta de que había algo llamado sexo; en aquel momento, la categoría de género todavía no existía. Fue entonces cuando empecé a entender mi mundo. La educación franquista era totalmente rígida, y entonces descubrí los comienzos del feminismo. A mí me tocó vivir el 68 y el 69, un momento crucial.

Se me abrió un mundo nuevo: te muestran las desigualdades entre hombres y mujeres, y cómo ellos mantienen los privilegios que nosotras nunca tuvimos. Nunca fuimos invitadas a la mesa a comer bien; solo nos daban migajas, si nos dejaban algo. Se te abre un mundo que, cuando lo llevas a la escuela, piensas: “Ostras, aquí hay que entrar”. Pero la coeducación nunca se ha impuesto; ha habido todas las reformas imaginables, pero jamás han recogido la coeducación como una posibilidad real. El Ministerio de Educación es una institución realmente pesada, con pocas posibilidades de cambio. La escuela, realmente, es complicada. Introducir cualquier cambio en este nuevo modelo que podríamos llamar educativo requiere voluntad política gubernamental, donde sea: en Cataluña, en Madrid, en el Ministerio. Hace falta la voluntad de ofrecer a las criaturas la posibilidad de entender lo que les pasa, por qué les pasa y que alguien les explique la vida.

Entonces, el feminismo es la única posibilidad como proyecto civilizatorio con una mirada mucho más amplia. No solo se trata de nuestros derechos, sino de los derechos de todo el mundo. Es el modelo que puede descubrir las desigualdades, dónde están histórica y actualmente, y ofrece un potencial metodológico para dar

herramientas de cambio: qué significa consentir y qué no significa consentir, es decir, las posibilidades de autonomía y libertad de las criaturas. Y los chicos ni te cuento. Si a nosotras nos resulta imprescindible, para ellos la vida en estos momentos tiene que ser terrible, porque el modelo es pura violencia, y la violencia sexual se abona por todas partes. El feminismo es la única teoría que yo conozco; el marxismo se quedó corto: sí, sirve para analizar la clase social, pero en lo que nos concierne a nosotras, no.

La escuela mixta tuvo una importancia enorme: que nosotras pudiéramos asistir con el mismo currículo, en las mismas aulas y actividades, fue fantástico. Pero dicho esto, ya está; no había más. Luego, la escuela coeducativa aún no hemos llegado a ella, y sería la base de lo que podría haber sido la LOMLOE si se hubiera puesto en marcha, pero no lo han hecho. Se trata de descubrir las desigualdades, por qué existen, mirando la historia del feminismo: desde la Ilustración, viendo qué ha pasado, cómo empezaron realmente, cómo empezamos las mujeres a ser conscientes, a tomar conciencia. Esto implica poder mirarnos desde dentro, algo que nunca nos enseñan y que sigue sin enseñarse. Es la importancia de la mirada, del silencio, de la respiración, de no dividir cuerpo y mente. Somos individuos enteros, personas completas, y no podemos vender el sexo, el cuerpo ni nada. Si lo hacemos, nos estamos poniendo en riesgo, mente y cuerpo. Estas cosas, que son tan básicas, siguen estando apartadas del currículo y de la educación.

Ayer me vino a la cabeza una frase: se nos vendió la idea de que el amor lo puede todo —pensando en el amor romántico—, pero jamás nos dijeron que ese “todo” casi siempre lo ponen las mujeres con su tiempo, su cuerpo y su libertad. Si esto no se explicita, apaga y vámonos: estamos en un momento realmente complicado.

***Rev. Atlánticas:* ¿Cuál es la relación entre la EAS y la Coeducación?**

Amparo Tomé González: Yo creo que un eje fundamental en la coeducación fue, realmente, la conciencia: la observación que debía hacer el profesorado cuando quería descubrir los estereotipos, los modelos de vida y demás. Implicaba utilizar la atención, porque la conciencia va unida a la memoria y a la atención. La observación sistemática consistía en dedicar apenas 10 minutos, en distintos espacios: el patio, el aula, el laboratorio, los pasillos, las entradas y salidas, los

libros de texto, los cuentos, la biblioteca, las relaciones entre el alumnado, la violencia.

Hay tres ejercicios que a mí me resultaron muy útiles. Uno era para descubrir los estereotipos en las criaturas pequeñas: hacíamos dibujos que no llevaban ningún tipo de tipografía ni lectura, nada, y eran “sin cabeza”. Por ejemplo, veías que era una mujer porque llevaba falda corta y se veía que eran piernas de mujer con zapatos; estaba cambiando una rueda, y los niños decían verbalmente: “Un hombre, porque está cambiando una rueda”. Otro ejemplo: jugando a la comba, un niño con pantalón, se veía que era un niño por el tipo de ropa. Y si había una muñeca entre los brazos, automáticamente decían que era una niña. Esto funcionaba muy bien con los más pequeños, a comienzos de los 2000.

Para ver y desmontar los estereotipos, otro ejercicio era preguntar: “¿Qué es lo mejor y lo peor de ser niño o niña?” Esto todavía funciona; ahora, con el tema de la identidad no binaria, me imagino que es más complejo, pero sigue siendo válido. Lo mejor de ser niño: fuerza, virilidad. Lo mejor de ser niña: aparecían todos los estereotipos tradicionales. Así podías trabajar y leer esas percepciones con ellos.

Y luego estaba la proyección: “¿Cómo te imaginas tu vida dentro de 10 años?” Dependiendo de la edad, los chicos soñaban con grandeza, y las chicas decían: “Cuando salga del trabajo voy a ver a mi madre, hago la compra...” Esto generaba proyecciones de vida. Utilizar este tipo de historias te daba el contexto para trabajar los estereotipos y abrir la reflexión.

En la coeducación y la EAS, veíamos que cuando observábamos, yo les decía, por ejemplo: “Contad dos chistes por parejas, me da igual si son verdes, o decidme cuántos insultos conocéis”. Casi siempre, los chistes eran los mismos, y la mayoría tenían temas de sexualidad. Se trataba de dar formación al profesorado para que fueran conscientes de este sistema: enseñarles la metodología de observación, la escucha por grupos, enseñar realmente a mirar, a hablar, a comunicarse entre sí, pero siempre prestando atención a ellos mismos y a las criaturas. Sus observaciones eran muy pequeñas al principio, pero empezaron a darse cuenta de cosas como que los niños utilizaban todo el patio, mientras que las niñas se quedaban rezagadas; que los niños las insultaban y ellas no contestaban; que las niñas no podían decir “no”; que venían vestidas de

determinada forma. Ahí te das cuenta de cómo funciona la ley del agrado: ellas se vestían así para gustar. Y lo que antes ocurría ha cambiado, no necesariamente a peor, sino que se ha desviado hacia una sexualidad en la que están más atrapadas, condicionadas por estereotipos y expectativas sociales.

Recuerdo un vídeo llamado “Sentir que sí, sentir que no”, que me ha resultado muy útil para gente adulta, adolescentes y niños. Son cuatro situaciones, dos familiares y dos escolares, en las que empieza una niña peinando a otra. A la niña le duele, y al final grita “¡Ah!”, y la otra le dice: “Pero dime no”. La enseñanza central es aprender a decir “no” cuando algo te duele o cuando sientes que hay un abuso, aunque todavía no lo reconozcas como tal. De ahí surgía mucho *role play*; es un vídeo antiguo, pero muy valioso. Luego hubo otra experiencia muy bonita para descubrir los estereotipos en niños y niñas pequeños. Esto hay que empezarlo desde los 3 años, o incluso de 0 a 3. Se trata de enseñar cuidado, a niños y niñas. El juego tiene que ver con cuidarse: en ese vídeo, se separaba a los niños y a las niñas durante unas horas para que fueran conscientes del cuidado de sí mismos. Por ejemplo, quién falta en la escuela, dar besos, hacer masajes en los pies. No por ser niños no podían tocarse, y las niñas podían saltar de sitios altos, y decirles “¡bien! grita cuando estés contenta”. Estos materiales ayudan mucho, sobre todo al profesorado y a madres y padres, que son quienes tienen que romper con los patrones previos.

La coeducación está íntimamente ligada a la EAS porque mente y cuerpo son uno. No puedes hacer grandes ejercicios de geometría, matemáticas o física si no estás trabajando el cuerpo, la sexualidad, si no reconoces lo que se siente y lo que es placentero: un masaje, agarrarse de la mano cuando tienes frío o miedo, reconocer las emociones y los afectos, darse un beso, que la maestra les choque la mano o los abrace, las expresiones de cariño, quererte a ti misma, autoquererte, autorespetarte, ser amable contigo misma. Son cosas que no cuestan tanto, pero que hay que tener en cuenta. La coeducación está íntimamente unida a la EAS.

Rev. Atlánticas: ¿Cuáles son las bases conceptuales sobre las que debe asentarse la EAS?

Amparo Tomé González: Yo creo que el tema de la igualdad —qué entendemos por igualdad— es fundamental. Cuando hacíamos formaciones, recuerdo que uno de los ejes fue deconstruir la violencia. Cuando empezábamos en cualquier

escuela, preguntábamos: “¿Qué entendéis por violencia?” Y te juro que no había nadie que mencionara algo más allá de la violencia física: la hostia, el empujón, el tirón de pelos, el poner la trabanqueta. En parejas adolescentes, ni te cuento. Entonces preguntábamos: “Y aparte de esto, ¿qué más?”. Lo verbal nada. Como con el currículo, hay un currículo explícito y un oculto; con la violencia ocurre lo mismo: hay violencia explícita y violencia oculta. Y la invisible es la más peligrosa: no deja marca física, pero deja huella dentro, quizá incluso durante toda la vida.

En una de estas charlas con chicas, una empezó a contar sus intimidades. Preguntamos: “¿Habéis pasado por aquí?” y comenzaron a levantar la mano. Todas, todas habían sufrido violencia sexual. Y si esa tarde no hubiéramos dicho “hablemos de nosotras”, ¿qué habría pasado? Te digo esto porque a veces es difícil generar confianza. La violencia cada uno la entiende a su manera. Lo visible es el insulto, lo físico, pero la violencia psicológica y simbólica... nada. La violencia simbólica está presente en todas las instituciones en las que vivimos, desde el Museo del Prado hasta la escuelita más pequeña del pueblito. Por eso creo que es fundamental explicitar qué entendemos por violencia, qué entendemos por abuso, cómo detectarlo: “Esto es violencia, me estás maltratando, esto es maltrato”. Comparar con el buen trato: acostumbrarse a mirar a los ojos, a saludar, a estar pendiente del otro, a practicar la compasión.

Cuando hablas de compasión, te miran como diciendo: “Esto es del clero”. Y tú dices: “No, no, no. El clero no tiene nada que ver con la iglesia católica, ni con la musulmana, ni con la judía, ni con la budista. No se trata de ponerte en la situación del otro, sino de crear las condiciones para poder ayudar a la otra persona. Eso es compasión, y a eso hay que estar dispuesto”. A veces, en alguna charla, les preguntas: “¿Desde cuándo no escucháis la palabra bondad?”. Y de repente todos se quedan sorprendidos: “¿Qué es esto? ¿No venía esta señora a explicarnos la coeducación?”. Y yo les digo: “Pues sí, claro, son componentes; ¿qué está debajo? ¿Qué debería estar debajo? Unos valores que subyacen y que apoyan realmente la convivencia: no solo el bienestar individual, sino también el colectivo”. Son valores relacionados con la convivencia, no con la iglesia, y casi siempre son universales: las relaciones de confianza, de respeto, las relaciones de responsabilidad, las relaciones en igualdad. Cada uno de estos valores necesita abrirse, diseccionarse, para ver cuáles son las actividades, la comprensión y cómo trasladarlas a las distintas edades, ya sea infantil, primaria o secundaria, de forma

que les sea útil. Como profesora, siempre les decía: “Cuando hay conflictos en el aula, ni se os ocurra hablar de conocimiento, si creáis bienestar en el aula, podéis hacer que sean creativos, que puedan expresarse. Si no, estaréis centrándolos sólo en etiquetas: ‘Tú fulano, tú no sé qué’. Hay que crear el clima del aula”.

Entonces, ¿qué es lo que subyace a la Educación Afectiva y Sexual? Todas las dimensiones que tienen que ver con los afectos y con la prevención de abusos: sean sexuales, intimidatorios o amenazas. Esto implica enseñar a las criaturas cómo detectarlos. Por ejemplo, cuando sientes un brazo que te pasa por detrás en el metro y dices: “¿Qué me está pasando?”, o te tocan el culo. No se trata solo de que sepan que su cuerpo es suyo, sino que debe ser respetado, primero por ellos mismos, conociéndolo y comprendiendo lo que es el placer y lo que es el abuso. Por eso, subyace a la Educación Afectiva y Sexual todo lo relacionado con la educación y con la prevención.

Rev. Atlánticas: En el ámbito educativo, ¿en qué etapas debería incluirse la EAS? ¿Cómo debería de articularse?

Amparo Tomé González: Yo creo que desde muy pequeños, incluso desde un año. Recuerdo un material que alguna vez utilicé: era una mano que hablaba; para los críos funcionaba como una marioneta, pero les enseñaba que las partes íntimas eran intocables. Es desde muy pequeños, porque, claro, hay que empezar cuanto antes.

En la escuela puede haber ciertos condicionantes, pero en las familias no sabes lo que pasa, y los abusos ocurren sobre todo allí. De todas las chicas que comenté antes, todas las habían sufrido de personas del entorno familiar: primos, amigos del hermano mayor... personas del medio cercano. Y eran 20 o 30 chicas. Y luego, ¿a quién se lo dices? Claro, después hay que darle salida. No basta con la intención; también importa a quién se lo cuentas. Tiene que ser alguien de confianza. Y, ¿qué significa confiar? Significa conocerse. Desconfías de quien no conoces, y no conoces a alguien porque no hay un medio en el que lo hagas. Confiar es, como recordar, volver a pasar por el corazón; es algo que te va a afectar personalmente. Por eso, hay que darles estos principios desde la base, cuanto antes mejor. Y no es, como dicen siempre, “llevarlos a la sexualidad”. No: las partes íntimas son íntimas. Los niños pequeños se masturban porque sienten placer, pero deben tener muy claro que existen límites.

Yo creo que esto debería trabajarse a lo largo de toda la vida, incluso en la universidad. Recuerdo que en los años 70 había lugares a los que podías acudir para consultar problemas relacionados con la sexualidad: una pequeña oficina, y estas cosas ayudan, porque son espacios de seguridad.

Y en cuanto a las tutorías, no hay cursos para formar a los tutores y tutoras. Por el hecho de ser profesor/a te asignan una tutoría, pero debería haber una pequeña formación, sobre todo para quienes no saben qué hacer en una tutoría. Algunos hacen un poco más de clase... hay mil formas de hacer comunidad: ver qué problemas hay en el grupo, quién está triste... Volvemos al afecto, a los sentimientos, a construir grupo. Necesitamos sentir que tenemos respaldo: detrás, adelante o al lado. También hay una parte de intimidad: los niños y niñas van creciendo y se van dando cuenta de cosas, y los niños quieren saber qué les pasa a las niñas y las niñas quieren saber qué les pasa a los niños. Cuando los separas para hacer actividades o cuando formas grupos mixtos, se nota la diferencia. Un grupo mixto es mucho más consensuado: los niños actúan de forma más impulsiva, y las niñas son más preventivas.

En infantil y primaria hay todo tipo de juegos que les enseñan a cuidar. El cuidado es la base de la vida. Yo siempre les decía a los maestros: el cuidado en la vida social es lo que el agua es para la vida física. Es decir, el mundo no puede vivir sin agua, y el mundo social no puede vivir sin cuidado. El cuidado no es simplemente preocuparse por la ropa o los juguetes; es saber mirar, saber escuchar, porque eso es respeto: la mirada significativa, la escucha activa, el estar disponible. También está el tema de las responsabilidades: a más responsabilidad, menos dependencia.

Si les enseñas a ser responsables en el aula —por ejemplo, los de la fila de delante haced X— la distribución del aula debería ser movable, nada estático. Así les enseñas responsabilidades: que sean responsables de lo que llevan en la cartera. Al principio tú, como familiar, les puedes guiar, pero llega un momento en que tienen que saberlo por sí mismos. Si se les olvida algo, no pasa nada; mañana lo recordarán. Y si la profesora se lo recrimina, pues bueno. Y viceversa: si tú, como maestro, les mandas llevar una carta y no la llevan, no es un castigo, sino mostrarles consecuencias y aprendizaje. Parte del juego y de la responsabilidad se mezclan: no se trata de que pasen de A a B sin más, sino de avanzar y aprender

nuevas historias que les darán autonomía. Siempre pensando en la autonomía personal y colectiva, y en la fusión de ambas.

Entonces, se trata de ir incrementando las responsabilidades a medida que los niños y niñas crecen. Por ejemplo, dejar la clase ordenada cada día. Las señoras de la limpieza —y los señores de la limpieza, que algún día habrá, espero— no tienen por qué cargar con todo. El personal de limpieza hace posible que mañana, cuando entremos aquí, todo esté listo; y si les ayudamos, ellas tendrán tiempo para hacer más cosas. El hecho de adornar el espacio con flores, cuidar la estética, cuidar la ética... todo esto es la columna vertebral de la vida. Si no sabes qué está bien o qué está mal, imagínate la confusión. Por eso hay que dar criterios: “Sé que esto está bien, esto está mal, y por qué”. Si en un momento no lo entiendes, no pasa nada; se explicará en otro momento. No tienes por qué saberlo todo. Somos humanos, podemos equivocarnos. También es importante enseñar a pedir perdón: “Lo siento, siento mucho no haberte tenido en cuenta”.

La educación sexual, si la empiezas desde los 3 o 4 años con los afectos, con los sentimientos, con lo que te gusta y lo que te repulsa, ya vas construyendo una base. Con 10 o 11 años, puedes trabajar en lo que más les gustaría ser y lo que nunca harían; ahí se abre un abanico de posibilidades. Por ejemplo, pensar en astronautas mujeres, enfermeros, personajes históricos que puedan servirles como heroínas. La épica no es femenina, pero podemos hacerla femenina. Se trata de educarlos en igualdad. Podemos mirar el siglo XVIII: qué músicos, qué pintores había... y hacer un “pack” de posibilidades. Recuerdo que en mis estudios de psicología social, sociología y antropología nos dejaban trabajar entre nosotros, aprender unos de otros. No es solo experimentar, sino entender que lo estanco no fluye, y lo que no fluye se acaba.

También es importante dar la oportunidad de que los mayores ayuden a los pequeños, por ejemplo, a través de tutorías. Hubo un estudio llamado *Cuidadín con el amor*, dirigido a adolescentes, y pensamos: ¿y si, en lugar de profesores, lo trabajamos con un grupo de chicos y chicas adolescentes? Los formamos y que fueran ellos quienes lo dinamizaran. Funcionó increíblemente bien. En escuelas de 12, 13 o 14 años, no significa que los profesores no estuvieran pendientes, pero la dinámica la llevaban adolescentes de 16 o 17 años con niños de 11 o 12, y los escuchaban muchísimo más; compartían el mismo vocabulario. Dependiendo del contexto, se puede hacer funcionar la deconstrucción de la violencia, empezando

por: ¿qué entiendes por violencia? Hacer visible lo invisible. También es clave el uso de los tiempos en casa: quién hace qué, y qué haces tú en ese contexto. Otra vez, educación en responsabilidad.

Rev. Atlánticas: ¿Cuál es el rol de las familias en la EAS? ¿Cómo podemos implicarlas?

Amparo Tomé González: Las tareas domésticas son fundamentales, y muchas familias sí hacen que sus hijos e hijas participen: que se hagan la cama, que pelen las patatas, que cocinen pequeñas cosas o que pongan la ropa sucia en su lugar.

Las familias juegan un papel esencial, porque son con quienes viven las criaturas. Ahora bien, la realidad familiar es muy diversa: depende del barrio en el que vivas, de si hay muchos o pocos parques... Lo vimos claramente en 2020, con la pandemia: los padecimientos de estar encerrados en casa día tras día. Por eso, cuando hablamos del rol de las familias, lo primero que hay que preguntarse es: ¿lo harán o no lo harán? Y, si lo hacen, ¿cómo lo hacen? Cuando hicimos nuestro proyecto, trabajamos en cuatro provincias y en cuatro o cinco escuelas por provincia. En un momento pensé: tengo que trabajar con las familias; si no, esto no fluye. En una de las escuelas me dijeron: “Es que hay mucha gente analfabeta, mujeres del campo,...”. Y respondí: “Bueno, entonces no haremos nada escrito, haremos cosas orales”. Y así lo hicimos. Llegó un momento en que pensé: les estoy mostrando esto para que vean el trabajo que hacen sus criaturas y sus profesoras, pero claro, muchas de ellas no habían llegado ni a los 12 años a la escuela. Entonces les pedí disculpas y les dije: “Sé que no podéis cambiar vuestra situación, (porque además eran mujeres sin recursos económicos, y cuando falta la parte material de la vida, ya me contarás), pero al menos ahora sabéis lo que están haciendo vuestras criaturas, y lo que intentamos es darles la posibilidad de pensar siempre en grande, no en pequeño; que tengan sueños, que aspiren, que tengan expectativas de vida”.

La anemia a la que hemos sido sometidas las mujeres... la anemia de conocimientos, la anemia de no poder desarrollar nuestras capacidades, la anemia de no poder traspasar el umbral de la propia puerta. La anemia de no poder salir sin un “chaperón” o una “chaperona” al lado. Son muchas anemias. Vivir sin miedo es muy difícil en el mundo en el que vivimos, pero tenemos que transmitir que, aunque el miedo a veces te salva, la mayoría de las veces te

paraliza. Es, muchas veces, un juego de equilibrio. Las familias, en los temas de Educación Afectiva y Sexual, deberían estar presentes, aunque se trabaje con ellas en seminarios aparte. Hay que tenerlas en cuenta, porque muchas ni saben ni se atreven. Hay familias que no saben cómo hablar de estos procesos, especialmente los que vivimos las niñas. Y es que seguimos estando muy “anémicas” en muchos lugares del mundo —no solo en la India o en África, sino también aquí. A las familias hay que darles la oportunidad de aprender ya de adultas, de sentirse seguras, y de poder transmitir no el miedo, sino la confianza y la seguridad de que creen en ellos y en ellas.

A los niños hay que partirles el corazón y meterles ternura, con inyección, ternura, ternura y más ternura; es que no me cansaré de decirlo. Si no, los críos siguen el mandato patriarcal a tope: el maltrato, el desprecio, la violencia —“aquí te la meto, aquí te escupo, aquí me la chupas” — y ¿tú? ¿funcionas de medio cuerpo para abajo? Y todo lo demás que pasa... Yo no veo otra posibilidad que la ternura. La Educación Afectiva y Sexual tiene que estar basada en la ternura. Cogerlos con mucha ternura. Que no llores, ¿eh? Claro que tienes que llorar; claro que las cosas duelen; claro que puedes tener miedo cuando tu padre te mira de determinada forma —quizá porque tu madre no te mira— o al revés: quizá es la madre la que agrede y el padre quien trata con ternura.

Volvemos a la conciencia, a la visibilización, a estar presentes. Yo, en mis clases, siempre les daba mi teléfono a todo el alumnado: “Si necesitáis algo, llamadme”. Jamás me llamaron. O si lo hacían, era sólo para dar las gracias porque ya habían pasado un susto. Pero tú, como adulta, tienes que crear ese espacio. La Educación Afectiva y Sexual pasa por los afectos tanto como por la prevención.

***Rev. Atlánticas:* ¿Cuáles son los principales retos a los que se enfrenta la EAS actualmente?**

Amparo Tomé González: El principal reto es desmontar el impacto de las nuevas tecnologías, y esto no puede hacerse si no es a nivel estatal, como ha hecho Australia: hasta los 16 años, nada. Dicho esto —y sabiendo que algo así no va a pasar aquí, al menos de momento, en Europa—, creo que el gran problema hoy es la pornografía, la prostitución y la hipersexualización de las niñas. La hipersexualización viene de mucho antes. Cuando yo aún estaba en activo, ya existían los bikinis para niñas con espumita en el pecho, o las fiestas de

cumpleaños en lugares donde las maquillaban, las pintaban y las vestían de princesas. Era otro modelo, sí, pero el mensaje era el mismo: la objetivización del cuerpo, la idea del cuerpo como exhibición, como mercancía. No era tan explícito como ahora, pero ya estaba ahí.

La pornografía representa una violencia de una desmesura tal que deja de ser humana. Si te soy sincera, nunca he visto pornografía; soy incapaz. Cuando la Dra. Berta Aznar o Rosa Cobo exponen datos y estadísticas sobre el tema, no puedo con tanta violencia. Los niños aprenden la violencia “en vena”; la absorben, la respiran, la transpiran. Por eso es de una urgencia tremenda intervenir con la Educación Afectiva y Sexual. Es prioritario, porque estamos hablando de la vida de las criaturas.

***Rev. Atlánticas:* A nivel de políticas educativas y de igualdad, ¿cuáles deberían de priorizarse para fomentar una EAS de calidad a la que puedan acceder la infancia y la adolescencia?**

Amparo Tomé González: Los ayuntamientos deberían implicarse más, porque son la figura gubernamental más próxima a la ciudadanía. Deberían estar continuamente involucrados —que dejen en paz las fiestas por un momento. No se trata de buscar culpables individuales; los problemas se están individualizando cuando, en realidad, estamos frente a un problema general, universal. Yo tendría en inspección a una persona responsable de Igualdad en todas las áreas, y también en el ayuntamiento, por supuesto. Alguien que tire del hilo, que impulse desde ahí. Los ayuntamientos pueden hacer muchísimo en este ámbito. Aquí tuvimos una inspectora que descubrió lo que era la coeducación y la hizo obligatoria para todas las escuelas. Yo, claro, le pasaba cada artículo que encontraba, y ella lo impulsaba: lo hizo obligatorio, todas las escuelas enviaban a dos personas a las reuniones de coeducación, hicimos formación... y entonces se la llevaron. En un año se la llevaron. Vino un señor a quien no le importaba el tema, y todo se terminó.

No hay conciencia de la importancia que tienen el feminismo y la coeducación, que es el aterrizaje del feminismo en las escuelas. En absoluto. A muchas personas les parece que es un tema ya resuelto, porque las mujeres estamos en la política o porque alguna ocupa un cargo en una gran empresa. Pero ¿y eso qué quiere decir? Si nos siguen matando, nos siguen violando, con porcentajes que

resultan alarmantes... Y eso es solo lo visible; imagínate lo que permanece oculto. Los retos son enormes, pero no veo que el personal se remangue para afrontarlos.

En los periódicos, en los telediarios... Lo que hace Sandra Sabatés en El Intermedio, por ejemplo: ella tiene la preocupación y la ocupación de visibilizarnos en todos los programas. Pues eso debería ser obligatorio, ¿no? Es que es necesario para la vida en comunidad. Deberían estar en primera línea, en El País o en cualquier medio, dos o tres páginas dedicadas a lo que está ocurriendo en la India, en Latinoamérica, en Estados Unidos, con todo esto de Trump... Recuerdo que antes, cuando hablábamos de las carpetas, se decía: "A ver, ¿a quién tienes en la carpeta?". Había quien llevaba a un actor o a una actriz. Y pienso ahora: si hoy llevaran carpetas, ¿a quién pondrían? Claro, a nivel simbólico, eso también habla de proyección, de a quién te quieres parecer y qué valores estás admirando.

Rev. Atlánticas: ¿Qué beneficios tiene la implementación de la EAS para la juventud y la sociedad en general?

Amparo Tomé González: Ser un ser humano: un ser humano consciente, responsable, activo, cooperativo, dispuesto a ceder tiempo y espacio por la comunidad, alguien que está atento a lo que sucede. Esto es lo que puede ofrecerte una Educación Afectiva y Sexual. Prevenir la violencia, más que luchar contra ella. Y prevenirla significa mostrar cuáles son realmente los caminos a los que la violencia conduce. Si bien tratas a las personas, desde la consideración de que son seres humanos, ese es el verdadero beneficio: ser alguien que colabora con la vida, que se enriquece con los beneficios que eso conlleva. Poder sonreír, poder estar presente, poder abrazar... eso hay que enseñarlo, desde que son chiquitas y chiquitos. Entonces, beneficios hay todos; inconvenientes, ninguno. A menudo los padres me dicen: "No, eso no, que los enseñas a follar". Y yo les respondo: "No, no, no tengo ningún interés en eso". Pero la Educación Afectiva y Sexual es básica: enseña que debe haber satisfacción y consentimiento por ambas partes, que ambas lo disfruten, que haya un pacto de igualdad. Y eso, precisamente, es el feminismo y la educación.